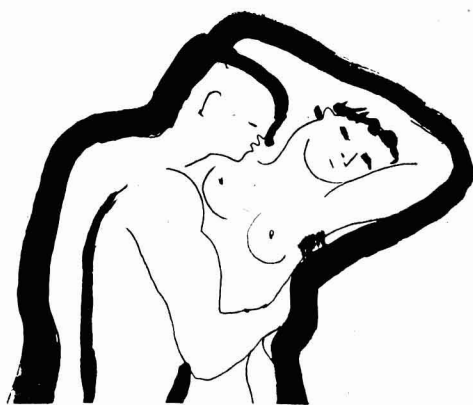


lía. Dos días después, no era raro que, tras otro desconcertante escamoteo, me reprochara precisamente mi infantilismo de aquel día. Si yo en ese momento, en lugar de no entender nada con mi grosera sensibilidad, hubiera hecho algo, un gesto decidido, un acto inteligente... Pero era demasiado tarde, y en apariencia yo no tenía remedio. Hubiera querido dar patadas contra aquel laberinto de espejos, hundirme en mi torpeza renunciando a todo. Pero estaba tan desesperado, y tan maleado ya por mi desesperación, que sólo podía seguir por aquella cuesta, con la fuerza de la inercia, en medio de un atónico vacío.

Así estaban las cosas cuando de pronto un día se me entregó. Fue todo tan brusco y tirante que no tuvimos tiempo de sentir ternura. Yo no obtuve gran placer, ni creo que ella ninguno; y sin embargo recordaré siempre aquel día único, aquella sensación de reposo casi fuera del tiempo cuando, reclinada la cabeza sobre su cuerpo fresco y pequeño, me adormecí unos segundos. Me sentía como el náutico que yace por fin, exhausto, en la orilla de la que ya desesperaba desgarradoramente: asido en el último instante a aquella poca materia delicada, sustraído por milagro a un mundo turbio y confuso que se precipitaba en el vacío.

Pero aquello fue sólo un respiro. El naufrago, salvado de la muerte, seguía siendo juguete de las olas. Ahora Cecilia hablaba sin cesar, larga, friamente, de nuestra relación. Examinaba despiadadamente su imposibilidad, su esencia absurda e inútil. Nuestros encuentros eran como de conspiradores; nos juntábamos para hablar sombríamente de aquello como de un insondable pecado que había que ocultar en la oscuridad a todo trance. Este espantoso secreto nos ligaba de una manera tan terrible y casi ultraterrena, que cualquier otro lazo hubiera sido risible entre nosotros. Y era precisamente porque éramos amantes, porque lo habíamos sido una noche, por lo que no podíamos vivir como hombre y mujer. Yo todavía lo intentaba a veces, en ciertos accesos de salud y buen sentido cada vez más raros. Pero pronto abandonada, sintiéndome atrozmente vulgar, aquella pretensión ñoña de vivir por lo menos nuestro pecado — puesto que no tenía remedio. Nuestra culpa era más grande que la vida, y parecía que la rebajaríamos cobardemente al dispersarla en hechos cotidianos. Eramos dos monstruos castos.

Seguimos viviendo en el vértigo. Cecilia me buscaba, me huía, pedía mi apoyo, me abandonaba con desprecio. Me telefonaba a las horas más insólitas, faltaba en cambio a las citas, cambiaba los planes en el último momento. Cuando por fin nos veíamos, evocaba con frenética curiosidad los más nimios detalles de nuestro amor de un día. Decía que no volvería a verme, pero volvía bruscamente. Otras veces sentía gran piedad por mí, prometía que me cuidaría y me consolaría hasta la muerte como una trágica hermana. Y después se reía de mis torpes remordimientos de hombre, hablaba con alegre desenvoltura, ridiculizaba mi ingenuidad: ¿cómo había podido yo creer que aquello le importaba? Hacía su papel de mujer sana, libre, un poco frívola, con la misma perfección, la misma convicción que los otros. Yo vivía en un mundo irreal, corriendo detrás de fantasmas que sin cesar se disipaban, tropezando con



todo, destruyéndome miserablemente. Cecilia se me escapaba como el humo, como la pérfida onda, no tenía bulto.

De esta niebla devorante no me salvó ni siquiera el descubrimiento de que me engañaba. Pude pensarlo en el primer momento, a solas; pero junto a ella nunca nada llegaba a ningún sitio, todo recomenzaba sin fin, ilimitadamente. A veces confesaba, se lanzaba en explicaciones tan complicadas, tan llenas de repentinos recodos, que yo acababa por perderme. Al final resultaba ser yo vituperable y cobarde, causante, casi autor de su infidelidad. Luego negaba todo, se mostraba ultrajada, cambiaba el sentido de todas sus confesiones anteriores, ante mis propios ojos, con una rapidez de prestidigitador que me dejaba sin aliento. Otras veces no tenía nada que explicarme, entre nosotros no había ningún compromi-

so, yo no tenía el menor derecho sobre su vida. Y la conversación derivaba rápidamente hacia mi estupidez y mi irremediable brutalidad. Al cabo de algún tiempo, toda otra situación llegó a hacerse inimaginable.

Cecilia desapareció de mi vida repentinamente. Uno de sus amantes logró sacarla por fin de su remolino fantasmal como una pesca preciosísima. No sé qué habrá sido de ellos. Tal vez Cecilia esté absorta levantando sus terribles laberintos para esta alma privilegiada. Tal vez se ha apagado, renunciado a la ilusión de existir que con sus juegos de espejos conseguía. No sé, Cecilia es inesperada: no cree en su realidad, corre hacia lo que cree ser y se le esfuma — y tiene que seguir y seguir sin descanso, sin término, hasta el infinito, hasta la nada. Tiene que destruir, corromper, envenenar. Su mirada hielas las cosas y luego las traspasa.

Desde entonces estoy solo, soy un incurable. Recuerdo con una nostalgia escalofriante aquellos meses, cuando mi vida era infinita como el infierno. Sólo el glacial abrazo del mal podría despertarme. Nunca amaré a otra, a una que tal vez no llegará al fondo; que tal vez no vendrá revestida, como un verdugo, del ropaje llameante del destino; que tal vez no me hará sentir, como una punta acerada que me haga casi aullar otra vez de desesperación y de abandono, su fatal misión de aniquilarme totalmente. Todas me parecen pequeñas, ninguna podría sepultar hasta mi último latido en la inmensa frialdad de su abismo.

ESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD HAITIANA

Por BONAPARTE

LA DIFERENCIACIÓN entre las clases sociales en Haití es muy marcada. Los fenómenos que determinan al mismo tiempo la clase y la sociedad son aparentes; pero el grado de adaptación es muy diferente, ya sea porque el acceso a una clase "superior" o más desahogada es nuevo, o porque la degenerescencia roe una parte de la sociedad antiguamente desahogada y que sigue reivindicando o viviendo según concepciones caducas que nada justifica. En cualquiera de los dos casos, el carácter burgués persiste, incluso cuando la asimilación a la clase se ha hecho posible gracias a factores incoherentes.

Y la clase proletaria, por su lado, vive, como en todos los países "civilizados", con medios reducidos, en la necesidad y también en la servidumbre disfrazada de libertad. La servidumbre necesariamente no debe hacerse oficial para que sea real.

¿Una burguesía colmada?

Puede comprobarse sin embargo que permanece igual lo que determina la clase, a saber: el modo de división del trabajo, el modo de vida, los privilegios, el modo de repartición de la producción. Pero muchas gentes en nuestra sociedad *de facto* tienen la idea, la mentalidad de clase "superior" sin apoyarse sin embargo en factores económicos que los favorezcan.

La base de existencia de la burguesía haitiana es muy variable: la política, la industria, el comercio, los bienes heredados. El modo de vida no lo es menos: viajes, vida de casta, exclusividad de deportes lujosos tales como el tenis, mezclas por uniones matrimoniales, etc.

Una observación: el nivel intelectual es muy bajo. Ahora bien, la producción o la continuación de esta sociedad calcada sobre la producción y sobre las colisiones políticosociales — con el fin de que la disociación siga siendo marcada — se hace muy débil. Los elementos nuevos pierden cada vez más el gusto de los estudios y su sentido de existencia se dirige únicamente hacia el mantenimiento de los goces por medios desvergonzados. Esta sociedad dividida en clases crea males cada vez mayores para el país, descontento por la excentricidad y el egoísmo de su género de vida, y despierta las conciencias dormidas.

Así, la minoría de Haití vive en un espejismo, en las ilusiones peligrosas que precipitan su caída, en la ignorancia más absoluta de las leyes de la historia, y sueña en la eternidad de sus goces y de sus privilegios. La estructura social actual de Haití es real: una clase posee sin producir, una clase produce sin poseer. Se está lejos, en consecuencia, de la sociedad humana, igualitaria, del establecimiento de la sociedad sin clases.

¿Una clase media?

Es seguro que existe una clase media en Haití. Pero los mismos fenómenos que conducen a la clase proletaria a no for-

mular ni comprender sus aspiraciones legítimas son las que se encuentran en esta clase media. La inacción, la resignación se encuentran lo mismo en la clase proletaria que en la clase media. Y sin embargo esta última es la clase de los intelectuales. Pero los elementos que la constituyen sufren más que los que forman el proletariado, porque tienen los conocimientos suficientes para percatarse de la ilegitimidad de sus condiciones y tienen más necesidades, pero no poseen esa conciencia de clase que fuerza las barreras sociales. No imaginan, en su pasividad, ningún medio de transgredir el orden social establecido. Esta resignación es muy acusada entre los elementos de la clase media.

Hay también el comportamiento. No piensan que se harían valer manteniendo ellos también una idea de clase semejante a la que se alimenta en la clase opuesta, sino que aspiran, ya sea por cambios económicos temporales y artificiales o accidentales, ya sea por favores políticos, a entrar, a fusionarse con la clase burguesa. La toma de conciencia no es total, si es que no está ausente. Es exactamente lo que se ha visto durante los últimos años.

La clase media está formada generalmente por empleados, funcionarios, unos y otros económicamente débiles. Y por añadidura con familias numerosas, siempre económicamente débiles con relación a las entradas de la clase burguesa y, en un grado superior, a las entradas de la clase proletaria. Las relaciones de negocios, las relaciones sociales ilusorias les dan el gusto de imitar a la clase burguesa en sus excesos, cuando no en su modo de existencia. Se percibe un fenómeno muy curioso: las gentes llegan a vivir por encima de sus medios. Sus necesidades aumentan, se empobrecen más, de donde se produce una regresión social a veces inaparente. Pero basta un tropiezo en el orden económico para que la realidad de las condiciones sustituya a las ilusiones. Esta clase también desaparecerá si no tiene cuidado.

La Revolución de 1946.

Durante más de treinta años, la mayoría del pueblo haitiano fue oprimida por una minoría. Los mismos vectores que condicionan la existencia de la minoría dominante actual son los que determinaron durante treinta años la vida social de Haití.

El Sr. Lescot, entonces presidente de Haití, vino a agravar peligrosamente este aspecto del problema al olvidar que la sociedad estaba dividida en clases, creyendo precisamente que la minoría era toda la Sociedad y la Nación. Esto se debió sin duda a que el Sr. Lescot no tenía un grado de cultura elevado, una personalidad igual o superior a la de sus predecesores que habían mantenido una política de equilibrio.

El lujo del que el Sr. Lescot hizo gala fue tan insultante, que un buen día comprendió bruscamente sus errores al encontrarse en el exilio. El 11 de enero de 1946, el pueblo haitiano le había arrebatado el poder.

Esta revolución dio lugar a una sobreexcitación sin límites. Hubo incluso personas que confundieron sus prejuicios sociales con prejuicios de raza. La consecuencia de esta revolución, con su desencadenamiento de fuerzas populares, fue

el acceso al poder del campesino Dumarsais Estimé.

Pero ¿qué sucedió? La clase media, esa clase intelectual rodeada de miserias que no tenía ninguna especie de esperanza en el mejoramiento de sus condiciones de vida, compartió bruscamente el poder con el proletariado. De pequeños profesores, esos seres se convertían en Embajadores o Ministros. La transición era demasiado brusca. El proceso de la toma de poder, el acceso a la dirección de los asuntos del Estado los embriagaban tanto, que aquellos contra quienes se había hecho la revolución fueron a fin de cuentas los que se beneficiaron con ella.

En lugar de tratar de mantener las nuevas conquistas sociales, de asegurar el porvenir de su clase, se empeñaron en vivir como aquellos que combatían. La revolución los sobrepasó. Perdieron el poder. La reacción volvió a tomarlo. Sin embargo, la reacción se hizo más acomodaticia. Mantuvo en sus puestos a algunos de ellos para no tenerlos a todos en la oposición. Quiso así precaverse contra



"su modo de existencia crea una desproporción social acentuada"

toda nueva revolución. Lo ha logrado en cierta medida.

Pero, por las leyes de la historia, esta revolución se hará, porque el goce y el egoísmo que eran los determinantes del modo de vida de la clase de 46 están todavía vivos en nuestros días. En 1946, cada uno pensó en sí mismo, nadie pensó en la clase.

El fracaso de la revolución de 46 es la más grande derrota del proletariado haitiano desde el período de independencia, es la más terrible en la historia social del país. Teóricamente, esta revolución había alcanzado sus propósitos: la transformación de la sociedad. Prácticamente había degenerado por la pérdida de los valores y la no-conciencia —no digo inconsciencia— de los derechos adquiridos.

La clase proletaria.

La más numerosa y la más desfavorecida. Un político haitiano, un burgués, la llamó "el 95% políticamente amorfo satisfecho del régimen político actual". Es una calamidad decir así en voz alta lo que no debería ni siquiera pensarse en voz baja.

La clase proletaria —motor de la producción— vive en condiciones miserables, condiciones de pobreza, de ignorancia y de desprecio. Las leyes se votan para favorecerla. Se aplican para desfavorecerla. Porque el obrero haitiano no tiene seguro social, no tiene subsidios familiares, no tiene seguro de enfermedad-invalididad, contra los accidentes de trabajo. Además de esto, es el patrón el que determina la duración del trabajo — las leyes referentes a las horas extra de trabajo no existen. El mismo patrón determina también el salario. Ciertamente que hay una ley referente al salario mínimo legal, pero queda en ficción.

El poder no obliga al capital. Esto se comprende si se sabe que los hombres que constituyen el poder forman parte del capital. Pero también se comprende muy mal cuando se sabe que el proceso histórico de la evolución actual debe tender hacia el mejoramiento de la suerte de los explotados.

Las reivindicaciones sindicales son ahogadas. Redundarían necesariamente en

reivindicaciones de clase y turbarían el orden social. Estas reivindicaciones son ahogadas mediante la compra de almas, la compra de conciencias. Los verdaderos líderes sindicales han sido apartados. Los recién llegados que se creen líderes o que desean llegar a serlo favorecen todavía más a la reacción para conservar los débiles privilegios o amistades que reciben a cambio.

Así pues, la lucha entre clase dominada y clase dominante no ha entrado todavía en su verdadera fase a causa de la ausencia de teóricos que condicionen esa lucha. Históricamente hablando, deberá tener lugar. Tendrá lugar.

Porque cuando la producción, la fuerza del dinero, las fuerzas políticas permanecen concentradas entre las manos de una minoría ávida de sus goces y de sus privilegios, celosa de su modo de existencia, que crea así una desproporción social acentuada; cuando la miseria, la ignorancia, las privaciones, la injusticia siguen siendo los únicos modos de vida de una mayoría oprimida, llega un día en que esta mayoría toma conciencia de sus derechos y lucha por su liberación.

Siempre vale más evitar la sangre que afrontarla.